Apertura del acto por el académico Presidente
Dr. Segundo V. Linares Quintana

En la sesión pública de hoy, la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas incorpora a su nuevo Miembro de Número, el doctor Víctor Massuh, y como Presidente de esta Ilustre Corporación me corresponde tener el placer y el honor de darle la más cordial bienvenida y, al entregarle el diploma que lo acredita como tal, desearle el mayor éxito en sus actividades académicas, así como expresarle el particular reconocimiento por el compromiso de su valiosa y autorizada colaboración intelectual.

El recipiendario será presentado por el académico doctor Gerardo Ancarola, y disertará sobre el tema: *Mayo Francés del 68: treinta años después.*

Discurso de recepción a cargo del académico de número Dr. Gerardo Ancarola

Una de las tradiciones más arraigadas en las Academias es que los recipiendarios elijan al académico que los va a presentar en el acto de la incorporación. Pero cuando el doctor Víctor Massuh me comunicó que era a mí a quien había elegido, debo confesar que me causó una gran sorpresa, ya que no sólo soy de los menos antiguos de la entidad, sino el de menos méritos. Pensé entonces -y se lo dije- que tomando la lista de miembros, lo había hecho eligiendo, sencillamente, por orden alfabético...

Después, pensé que quizás influyó la fervorosa admiración que ambos tenemos por la figura de Domingo Faustino Sarmiento, dado que casualmente el flamante académico ocupará el sillón cuyo patrono es el prócer. Pero ahora fui yo el que tomó la lista, y de inmediato noté que varios de los señores académicos habían hecho aportes sobre Sarmiento mucho más importantes que mis modestos trabajos sobre el genial sanjuanino.

Finalmente, me convencí de que Víctor Massuh me eligió porque somos amigos. Y eso es cierto. Desde hace muchos años compartimos -la amistad es siempre un sentimiento que se comparte- una noble y fraternal amistad. Y la amistad, que es un tema de viejo abolengo filosófico -en la antigüedad clásica piénsese en Platón, Aristóteles o Cicerón-, fue inclusive para el viejo Epícteto considerada el mayor placer espiritual de los hombres. Por ello y con el solo título de la amistad, voy a

presentar esta tarde a Víctor Massuh, empezando por recordar que la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas fue fundada hace seis décadas. Desde entonces y salvo el breve lapso en que, como todas las Academias del país, fue clausurada en los hechos por el gobierno dictatorial derrocado en las jornadas populares y revolucionarias de setiembre de 1955, ha venido cumpliendo calladamente su función específica y ha estado integrada por los valores más representativos de la vida argentina: filósofos, juristas, escritores, historiadores, científicos, políticos, sacerdotes y hasta miembros de las fuerzas armadas, unidos todos por un común amor al cultivo de las distintas disciplinas, por la ejemplaridad de las conductas públicas y privadas, por un sincero y profundo sentimiento de Patria -bueno es recordarlo en vísperas de la jornada fundacional de julio- y, sobre todo, por la defensa de los valores de la sociedad democrática y de sus instituciones libres.

Esa labor silenciosa que se desarrolla en las sesiones privadas de las Academias se interrumpe a veces cuando se abren sus puertas, en las contadas ocasiones en que se celebran las sesiones públicas. Entonces, ningún acto de la vida institucional es tan importante y tan entrañable como el que nos reúne esta tarde en la que se incorpora un nuevo miembro de número, donde además de asegurarse para la corporación su continuidad en el tiempo, se la enriquece con la presencia, las ideas y la conducta moral de la eminente personalidad que ingresa.

Por eso hoy, con un júbilo que no tengo por qué disimular, se incorpora a este cenáculo científico -donde quienes lo integramos cultivamos además la cordialidad y la amistad- un hombre que ocupa un puesto de avanzada en los cuadros de la cultura argentina contemporánea.

Se trata del doctor Víctor Massuh, que en el campo de la filosofía -no es ocioso recordar que es el más alto grado del conocimiento humano- ha desarrollado desde siempre con ejemplar honestidad intelectual una de las aportaciones más originales, rigurosas y ricas de toda la bibliografía nacional.

Pero, además, no es sólo un filósofo que encerrado en su gabinete de trabajo vive ajeno a los problemas de su tiempo, en su Patria o en el mundo. Por el contrario, Massuh ha sido y es -porque está en la plenitud de su vida- un observador atento y comprometido de los múltiples temas que se debaten en la sociedad de los días actuales.

Pero sin duda Massuh, y todos nosotros, hemos tenido suerte -el álea juega también en la vida de los hombres- porque vive, vivimos, un tiempo histórico fascinante. Adviértase que desde 1943 -cuando con sólo diecinueve años de edad escribe en su Tucumán natal el primer ensayo- hasta hoy, se ha llevado a cabo la mayor y cualitativamente mejor transformación de la historia humana: los avances en la conquista del cosmos, en el campo de todas las ciencias, de la tecnología, de las comunicaciones, de la informática o de la medicina son, sencillamente, notables y abren perspectivas insospechadas; por supuesto que se han vivido etapas estremecedoras.

Como cuando estuvieron en auge los totalitarismos negadores de todos los derechos de la persona humana, o el horror por el estallido de las guerras calientes o frías. Y hoy mismo no estamos exentos de otros peligros, como por ejemplo, en lo que hace la denominada ingeniería genética donde ya se han cruzado fronteras, y pueden seguir cruzándose otras, que vulneran las leyes de la moral natural. Pero en estos últimos años se ha cambiado hasta la raíz misma la vida y los comportamientos cotidianos de los seres humanos, e inclusive en el ámbito político, con la implosión inesperada, por lo rápida, del imperio comunista, ha sucedido un realineamiento ideológico, económico y social de vastísimas consecuencias que ya estamos percibiendo.

¿Cómo entonces una inteligencia despierta, cultivada y fecunda como es la de Massuh, iba a permanecer indiferente frente a este mundo así de cambiante? Por eso, hundió el escalpelo de sus profundas reflexiones, o de sus agudas críticas, en temas capitales de esta época como son: la violencia ideológica -a la que dedicó un ensayo memorable por lo profético-, las utopías, el nihilismo, el humanismo ateo, las

siempre tensas relaciones entre la ciencia y la religión, los misterios de la vida mística, los nuevos peligros que acechan a la libertad, y, últimamente, sus reflexiones se centraron en la crisis de la razón por la que atraviesa la filosofía actual. Además, y así como a Unamuno le "dolía España", a Massuh le "duele" la Argentina -e inclusive el contexto latinoamericano- en estas décadas de traumáticas peripecias, lo que también se ha reflejado en su vasta producción.

Pero a pesar de todas las mutaciones, el hombre en el cosmos sigue siendo ese maravilloso "micro-cosmos" del que ya hablaron los viejos filósofos griegos; ese "fin en sí mismo" al que se referían los antiguos cristianos; "lo más perfecto de la naturaleza" como lo definió Santo Tomás; el "junco que piensa" de Pascal; o "una libertad" como dijo expresivamente José Manuel Estrada. Y ese hombre sigue además teniendo una sed de trascendencia, que caracteriza su dignidad óntica, porque presiente que cuando la Biblia dice que Dios lo hizo a su imagen y semejanza, es porque su espíritu es inmortal, lo que lo convierte nada menos que en un "pequeño Dios". Y como Massuh tienen esta perspectiva de la persona humana, toda su obra aparece teñida de un profundo y sincero sentimiento religioso -que está más allá de las religiones positivas- lo que le otorga un sesgo espiritualista insoslayable.

Como se habrá advertido, he preferido hacer algunos lineales pantallazos sobre su producción, que seguir el frío esquema de un currículum por más denso que sea. Que en el caso de Víctor Massuh mostraría que es autor de trece libros, todos de prosa serena y trabajada; de decenas de notas, artículos y ensayos publicados tanto en el país como en el exterior, donde goza de un sólido prestigio intelectual. Igualmente, mostraría que es un conferenciante que cautiva a los oyentes con su voz cálida y su expresión, siempre profunda pero siempre amena. También los antecedentes exhibirían una carrera universitaria brillante, que se inicia como doctor en Filosofía de la Universidad Nacional de Tucumán, sigue con estudios de post-grado en las Universidades de Tubingen (Alemania) y de Chicago (Estados Unidos) y continúa ya como profesor titular

por concurso de la Universidad de Buenos Aires, desde 1964 hasta 1987, donde enseñó "Filosofía de la historia" y "Filosofía de la religión" sucediendo en esta última cátedra a Vicente Fatone, uno de los espíritus más singulares de nuestra cultura. También ejerció la docencia en la Universidad Nacional del Sur y se desempeñó como Director del Departamento de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires en dos oportunidades (1966/67 y 1972/73). Y siendo muy joven, en 1956, fue Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Pero obsérvese, como se desprende de este telegráfico itinerario académico, que desde 1987 -es decir desde hace más de una década- Víctor Massuh no ocupa ninguna cátedra en las universidades argentinas. No es el único caso de grandes ausencias en los claustros, pero es significativo. Así nos va.

Por si lo anterior no bastara, y en clara demostración de una poliédrica personalidad, su labor en el campo diplomático ha sido intensa y fecunda: entre 1976 y 1983, fue embajador de nuestro país en la UNESCO donde descolló de manera sobresaliente, ya que fue elegido miembro de su Consejo Ejecutivo, llegando a ocupar la presidencia de este último organismo internacional, continuando en el mismo la trayectoria de un argentino ejemplar, que también fue miembro de número de esta Academia, el doctor Atilio Dell'Oro Maini. Actualmente, es nuevamente miembro del Consejo Ejecutivo de la UNESCO por el período 1995/1999. Cabe señalar que fue embajador argentino ante el Reino de Bélgica entre 1989 y 1995.

Doctor Víctor Massuh:

Va usted a sentarse en el sillón que tiene como patrono a esa figura increíble, por lo genial, que es Domingo Faustino Sarmiento, que bien sabemos es objeto de su admiración permanente; y ocupará el lugar vacante -sin reemplazarlo, porque en las Academias no hay reemplazos- del doctor Marco Aurelio Risolía, un jurista completo, culto y fino, que fue primero mi profesor en la Facultad de Derecho de la

Universidad de Buenos Aires y luego también un amigo entrañable.

Todos los académicos, por mi intermedio, lo recibimos con orgullo y con cordialidad, seguros además de que con usted el sitial mantendrá el brillo del nombre que ostenta y el de los ilustres académicos que hasta ahora lo ocuparon. Sea pues muy bienvenido.

Palabras preliminares

Agradezco las palabras cordiales del presidente de esta Academia, doctor Segundo V. Linares Quintana, y también la generosa presentación del académico doctor Gerardo Ancarola. Deseo aclarar que le pedí que apadrinara mi entrada en este noble recinto por otras razones que las que acaba de invocar con tanta simpatía. No fue por el azar de que su nombre corresponda a la primera letra del abecedario, tampoco porque ambos sentimos la misma devoción por el gran sanjuanino, ni menos porque seamos amigos (aunque sí esta amistad exista y entrañable). Le pedí que me presentara en virtud de nuestra afinidad en el campo de las ideas y de los ideales. Nos unen convicciones comunes en historia, política y filosofía, y una fe en la tolerancia, la pluralidad cultural y el liberalismo. Muchos diálogos con Ancarola me resultaron enriquecedores y esto duplica mi gratitud.

También me siento muy gratificado por el hecho de formar parte de esta Academia que reúne a figuras tan destacadas del pensamiento argentino. Es un honor que mis colegas me hayan elegido para cubrir el espacio que con brillo ocupaba el Dr. Marco Aurelio Risolía, fallecido hace cuatro años. Distinguido jurista y profesor universitario, Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, Presidente de la Academia Nacional de Derecho de Buenos Aires, Procurador del Tesoro de la Nación y Ministro de la Corte Suprema, el Dr. Risolía publicó también valiosos trabajos sobre temas de su especialidad. Por su inteligencia, conducta

irreprochable, mesura y probidad moral, su influencia trascendió los marcos privados y universitarios para proyectarse en los distintos niveles de la acción pública.

El otro hecho en verdad fortuito que me llena de alegría, es el de ocupar el sitial que lleva el nombre de Domingo Faustino Sarmiento: un escritor genial, un formidable hombre de acción, el creador de un país. Pero en estas circunstancias, yo desearía rendir homenaje a un estilo de vida, un singular modo de ser que, por exceso de autenticidad excéntrica, no tuvo el mismo futuro que sus obras. Los rasgos originales de su personalidad configuran un paradigma todavía a la espera de mayor arraigo en la formación del carácter argentino.

En algún fragmento de autobiografía, Sarmiento se quejó de que en virtud de sus trabajos no pudo "gozar del festín de la vida". Sin embargo, a pesar de su pobreza y la del país, su vida tuvo la plenitud de una fiesta. Conoció la fatiga que sigue al esfuerzo, pero también la alegría de vivir. Supo de Prometeo pero también de Dionisos. La imperfección de su existencia tenía una intensidad tal que se convertía en un espectáculo único: mostraba el acabado de un dios o de un arquetipo en movimiento, en suma, un modo de perfección del que los argentinos guardaremos siempre la nostalgia.

Su libertad individual era una fiesta interminable. También lo fueron su indignación, su don para admirar, su excentricidad, su capacidad de trabajo, sus desbordamientos, su cotidiano amor al país, su sentido del humor, su falta de acartonamiento, su salvaje sinceridad, su estruendosa carcajada. Entraba a la arena de frente y a cara descubierta, no agredía a traición ni buscaba la protección de las sombras o el anonimato: el combate era una forma de la salud y la alegría. Siempre estaba a un pelo de bendecir al enemigo maldito por brindarle el lujo de una lucha entre iguales: si no estaba a su altura le atribuía una grandeza ficticia.

Groussac se sorprendió al verlo comer, pero entonces la sorpresa no tendrá límites porque también fue un festín pantagruélico su modo de observar, trabajar, escribir, viajar, discutir, conocer gente, enfrentar las circunstancias, incluso de

recordar: lo hacía con una fruición que la vida volvía por segunda vez. Rechazó las ideas puras y abstractas porque no tenían cuerpo ni sangre. Sólo frecuentó aquellas que se realizan, las que caminan con sus propios pies, enfrentan la vida y se abren paso a fuerza de pasión o la tozudez de una semilla. Con todo, eso no le impidió ser uno de los creadores del ensayo, de la literatura de ideas en la Argentina. El otro -casi desde el extremo opuesto- fue Juan Bautista Alberdi.

Por su sagrado amor a la vida, por la desenvoltura de sus movimientos a pesar de su tosquedad, su rostro leonino y su figura estrafalaria; por el modo de absorber a pleno pulmón el aire, la luz del día, el ruido de las calles y la experiencia de los otros, dondequiera este hombre dirigiera sus pasos, allí la libertad levantaba su reino. Vivió la libertad en actos, como un hecho consumado, no la mendigó del poder ni de los censores de turno (políticos, morales, eclesiásticos) a quienes nunca tuvo en cuenta aun sabiendo que existían.

Era capaz del disentimiento áspero pero también de la reconciliación fraterna. Convertía el hecho más sencillo en epopeya, lo natural en sobrenatural, la acción individual en multitudinaria. No fue un espectador pasivo, todo lo contrario de un indiferente. No había para él actividades más importantes que otras, oficios más nobles que otros. Aunque idólatra de la experiencia norteamericana, no sucumbió al desarraigo ni al complejo de menorvalía: no desdeñó su tierra, trabajó en ella, amó su historia y sus hombres ejemplares. Vivió orgulloso de los suyos: su madre, sus hermanas, sus ascendientes, sus amigos, su provincia, sus connacionales. Tuvo la convicción de que una iniciativa valiosa, aunque perdida en el rincón anónimo de una aldea, podía ser el eje de la historia universal: he aquí el núcleo de su formidable idea de civilización.

Hombre de pasiones, tuvo un notable sentido de la mesura. Esa cabeza que bordeaba el delirio, tenía un sentido común de alto vuelo. Esa egolatría que espantaba a muchos, era una fiesta, un rapto de humor, una gracia infinita, sobre todo, un acto de responsabilidad: metió la patria en su propia vida, se confundió con ella, era el país en movimiento. Su inmenso yo no

era el adiposo de un tirano que pone sus asentaderas sobre un pueblo y lo aplasta hasta la asfixia. Todo lo contrario. "Don yo" fue un maravilloso actor que representó a la perfección los mejores roles y sueños de la vida argentina, se multiplicó para invocarlos, hacerlos vivir y llenar con sus imágenes edificantes todo el escenario de la patria.

En una época en la que ya empezaba a formarse el hábito maligno del ocultamiento (de las intenciones, las opiniones, la voluntad, los sentimientos), Sarmiento cultivó la virtud salvadora de dar la cara, de reconocer sus errores y defectos con una franqueza estentórea lindante con el impudor y el exhibicionismo. Su salud moral le permitía todo eso. En un país que hizo del circunloquio la expresión nacional por excelencia, donde lo que se piensa en el fondo hay que adivinarlo, él empleó el lenguaje directo: sabemos con todas las letras cuáles fueron sus amigos y sus enemigos, en qué ideas creyó, a quiénes despreció, amó y lloró sin esconder jamás sus intenciones ni sus lágrimas.

Porque fue la patria misma sin tapujos, con su grandeza y sus carencias, la figura de Sarmiento sigue siendo el modelo total, el rostro de una universalidad verdadera, un estilo de vida, un modo de ser. Un modo de ser ojalá inalterable, dado que hoy se perciben fuertes llamados en favor de formas falseadas del desarraigo y el cosmopolitismo.

Deseo que la "sombra" -nada "terrible"- del gran provinciano que ahora evoco, ayude a orientar mis pasos por esta augusta Academia.

MAYO FRANCÉS DEL 68: TREINTA AÑOS DESPUÉS

Por el académico DR. VÍCTOR MASSUH

Permítanme dos palabras sobre el origen de mi disertación. Durante el mes de mayo de este año (1998) por razones de trabajo me encontraba en París. A lo largo de ese mes se publicaron muchos textos sobre mayo de 1968. Hubo reportajes televisivos. Yo seguí la evocación de ese evento con gran interés. Mi actitud hasta ese momento era de desconfianza (acaso influido por los comentarios adversos de Raymond Aron y André Malraux). Al cabo confieso que fui cambiando de idea.

Con los apuntes y lecturas de entonces pensé dar forma a la presente disertación. Pero me asaltó una duda tanto de índole teórica como estética: ¿resultaría elegante y oportuno meter el bullicio estudiantil del 68 en los austeros salones de una Academia?

Creo que vale la pena reflexionar sobre un fenómeno tan enigmático como el mayo francés; un evento de escasa duración (poco más de un mes) pero de prolongadas consecuencias. Una revolución que no tuvo lugar pero que generó efectos revolucionarios.

La mayoría de las revoluciones, desde la Francesa hasta las de nuestro siglo, fueron genocidas. El evento de mayo del 68 no lo fue. Hay muchos motivos para pensar que las revoluciones que tienen propuestas audaces, pero que no se realizan, son las más fecundas. Vayamos a nuestro trabajo.

I. ¿Por qué la evocación de los eventos de mayo de 1968 fue recientemente tan intensa en Francia? Han transcurrido treinta años y la celebración aún crece con vivacidad. Publicaciones como "Le nouvel Observateur", "Le Monde" y "Liberation", entre otras, le dedicaron fascículos especiales. Los artículos fueron abundantes y también los libros. El suplemento literario de *Le Monde* enumeró 16 libros publicados sobre mayo-68. Un historiador de la calidad de Jean-Pierre Le Goff acaba de consagrarle un libro monumental: *Mai-68: l'heritage impossible* (La Découverte, Paris). Daniel Cohn-Bendit, moderado parlamentario europeo y ya quincuagenario -aunque preserve una mirada juvenil díscola y festiva-, participó en reportajes y presentaciones de textos. Aquéllos que saben comparar la temperatura de las celebraciones en décadas distintas, afirman que la actual fue mayor que las que tuvieron lugar en las dos décadas anteriores.

II. Pienso en varias hipótesis para explicar la pregunta inicial. La primera es que con el paso del tiempo se descubre en el mayo francés una mayor riqueza, inesperada, que desvela. Algunos críticos ya señalaron una desproporción: el evento fue históricamente breve pero la literatura a que dio lugar desmesurada y no de la mejor calidad. "Mayo-68 -escribió Pierre Lepape- produjo muchos libros pero muy pocos de literatura: algunos poemas, algunos grafittis bienvenidos, dos o tres slogans astutos: eso fue casi todo. Nada de una gran obra. Como si la imaginación no se hubiera recuperado de haber reclamado el poder. Como si el acontecimiento hubiera sido demasiado ruidoso como para volcarse en el silencio de una escritura" ("Le Monde", 2 de mayo, 1998). Aunque valga la pena tener en cuenta el comentario de Lepape, creo que no se puede negar a mayo-68, por sus consecuencias, el carácter de poderoso fermento de innovación cultural.

III. Otra hipótesis sobre la celebración de mayo-68 señalaría la voluntad de integrarlo en una tradición ideológica opuesta. Es la que consideraría que el individualismo anárquico

de aquel evento continúa en el individualismo liberal de nuestros días. Habría entre ambos una relación de vasos comunicantes. El filósofo francés Gilles Lipovetsky transita este camino. Considera que no hay que separar la trayectoria del mayo parisiense, de la situación de la economía francesa en aquel momento. "Mayo-68 -afirma Lipovetsky- registró, de una cierta manera, el nuevo espíritu del capitalismo: el que estaba promovido por la publicidad, el marketing, los media, la sociedad del placer que comenzó en Francia en los alrededores del 60. Una dinámica se había creado. El retroceso del autoritarismo y de la rigidez de las costumbres era ineluctable. Yo pienso que mayo-68 amplió y aceleró este fenómeno considerablemente" ("Le Nouvel Observateur", 23-29 abril 1998). Si estas reflexiones son válidas, permitirían conjeturar que el hedonismo consumista de las sociedades abiertas de nuestros días tiene un estrecho parentesco con el estallido juvenil y antiburgués del 68. ¡Ironías de la historia!

IV. No hay que desdeñar las hipótesis psicológicas que conciernen a una dinámica generacional. Aquellos jóvenes protagonistas hoy frecuentan la cincuentena: una generación aún en plena vigencia. Muchos de ellos reviven hazañas realizadas en la juventud y las asumen orgullosamente, aunque no compartan los ideales de entonces. Fueron actores de una "historia grande" que ya no mantiene ese mismo carácter en el presente. Mayo del 68 los convierte en *nostálgicos activos*. Durante la evocación ellos salen de las sombras o del conformismo, se actualizan los días de gloria; la realidad pobre y opaca de la rutina cotidiana se reanima con la riqueza virtual de una promesa, de lo que fue una formidable expectativa histórica. Cuarenta días de revuelta juvenil van revelando, al cabo de tres décadas, el significado de una epopeya nacional. ¡Pero cuidado! Si los quincuagenarios del 68 están imbuidos de una gloria retrospectiva, no ocurre lo mismo con los veinteañeros de hoy, quienes permanecen indiferentes o al margen de la celebración. Desde esta perspectiva mayo-68 sería una bandera de adultos más que de jóvenes estudiantes y

sindicalistas. Dentro de este cuadro también es preciso incluir a aquellos intelectuales y políticos maduros que se angustian por los actuales días de una juventud sin utopías. Proponen la medicina del 68: "re-crear" la tradición de una revuelta festiva en un mundo gris y escéptico donde las revoluciones las hacen menos los reformadores sociales que las máquinas y los medicamentos.

V. A pesar de su detonante ocasional en Nanterre (la polémica sobre las relaciones sexuales entre estudiantes de ambos sexos), la rebelión estudiantil tuvo un carácter político desde los comienzos. Tuvo toda la fuerza y la irradiación espontánea de una revolución política que, finalmente, no llegó a concretarse. Pero lo notable es que sus consecuencias no se proyectaron en el campo de la *política* sino de la *cultura*. El cambio histórico se produjo en este último campo. Durante aquellas contadas semanas decisivas se definió una visión del mundo con fermentos renovadores, se expresaron ideas y sentimientos que sacudieron los hábitos mentales de aquella época y que aún continúan en la nuestra. Fue un hecho histórico "en bruto" con escasos elementos ideológicos y filosóficos que pudieron prepararlo. Sus autores eran izquierdistas, maoístas, comunistas, anarquistas, es cierto. Pero no había una teoría detrás: se mencionó a Marx pero sin tomarlo en serio. Cuando se considera, en cambio, la Revolución Francesa, es frecuente pensar que detrás, originándola, estaba la labor de los Enciclopedistas, el racionalismo de la Ilustración. Nada parecido en mayo del 68: fue una *irrupción* histórica, una praxis cuya teoría vino después y de allí la magnitud de sus consecuencias.

VI. Pero antes de que aparecieran los símbolos culturales, mayo del 68 tuvo una cadena de hechos de franca significación política. Recuérdese que hubo un acuerdo obrero-estudiantil, una intensa gimnasia callejera, manifestaciones, construcción de barricadas, enfrentamientos con la policía, que culminaron en la parálisis del país. Desconcertaron hasta tal punto al gobierno que el general De Gaulle se trasladó a Baden-Baden para

transmitir su perplejidad al jefe de las fuerzas francesas de ocupación. El vacío de poder se había producido: hasta ese momento mayo-68 vivió una dinámica fundamentalmente política de neto corte izquierdista. Pero lo notable es que el movimiento eligió una dirección propia: superó los cálculos y estrategias de los activistas de la izquierda organizada. En el diálogo que tuvieron Daniel Cohn-Bendit y Jean-Paul Sartre, el primero destacó el carácter *espontaneísta* de la movilización colectiva tanto a nivel estudiantil como sindical, y en ese carácter hizo radicar su fuerza expansiva. En efecto, atrás quedaron los cálculos revolucionarios del trotskismo, del maoísmo de la "gauche proletarienne" y, sobre todo, del Partido Comunista. Se piensa que el gran derrotado en mayo-68 fue el Partido Comunista y que allí comenzó su decadencia ideológica y política en Francia.

VII. Con todo sería un error considerar que, a pesar de esta incidencia, las metas de mayo-68 hayan sido políticas. Es cierto, hubo una huelga general que paralizó el país y generó un vacío de poder: situación revolucionaria ideal en el plano político. Imagínense lo que hubiera hecho un Lenin en parejas circunstancias. Sin embargo, no hubo "toma del poder" ni la intención de hacerlo. En ningún momento se avanzó sobre el Elysée (sede presidencial), ni sobre Matignon (Primer Ministro), ni la Asamblea Nacional. La única toma importante, además de las dependencias y patios de la Sorbona, fue el teatro Odeón. Y se avanzó sobre el Odeón con una consigna nada política: "Cuando la Asamblea deviene un teatro burgués, todos los teatros burgueses deben convertirse en Asambleas Nacionales". Las acciones políticas de los protagonistas del 68 más bien revelan un desdén por la política: más que el poder les interesa la imaginación. Tal vez sea cierto lo que escribió hace poco uno de sus actores más comprometidos: "Nosotros teníamos demasiado el sentimiento de tener el poder como para pensar en conquistarlo" (Bernard Guetta, "Le Nouvel Observateur", 23-29 abril 1998). No hubo toma del poder porque la política no era el campo de la verdadera transformación. Véase si no la rapidez

con que terminó todo: De Gaulle regresó de Baden-Baden, pronunció su discurso, se hizo la movilización gaullista que reunió 400.000 personas en los Campos Elíseos, en pocos días concluyó la huelga general, los obreros vuelven al trabajo, y los estudiantes ayudan a limpiar la Sorbona. Los ocupantes del Odeón, último bastión revolucionario, lo abandonan en orden y sin resistencia. También se esfuma el proyecto político de Mitterrand que, ante el vacío de poder, propiciaba la formación de un gobierno provisional. Todo terminó casi de golpe, como un sueño, un éxtasis, una borrachera.

VIII. En cuanto a los valores culturales de mayor arraigo que promovió mayo-68 se podría señalar los siguientes: una resistencia al principio de *autoridad* ya sea paterna, tradicional o institucional, y cuyo símbolo encarnado era el general De Gaulle. Se valoriza además la *libertad* entendida como movimiento de una *espontaneidad vital* y como *insurrección* contra toda forma de opresión. Y todo esto se reivindica dentro de una atmósfera de *placer* y *alegría* que encuentra su signo propicio en Dionisos más que en Prometeo. No un sentido trágico de la vida; más bien un sentimiento celebratorio, fraternal, colectivo, orgiástico. La filosofía de mayo-68 no opta por la violencia como "partera de la historia" (Marx), a pesar de los duros encuentros con la policía. De los Marx prefiere a Groucho. No se inclina por una estrategia de guerra civil aun contando con su predilección por las manifestaciones callejeras y las barricadas. Pero su violencia dista mucho de la "toma del poder" al estilo toma de la Bastilla (1789) o Palacio de Invierno (1917). Frecuentó sí un tono de insolencia juvenil, provocadora, ante un mundo que consideraba viejo pero sin querer derrumbarlo porque ya lo creía en ruinas.

IX. Mayo-68 no sólo cuestionó el principio de autoridad, sino también las tradicionales ideas de progreso, trabajo y lucha. Es preciso tener en cuenta que los jóvenes del 68 son hijos de aquellos franceses que vivieron la guerra, la ocupación y luego llevaron a cabo la ardua reconstrucción física, económica y

social del país. Algunos creen ver en esta "rebelión contra el padre" de mayo del 68 una suerte de *ingratitud histórica*, y que el rechazo de De Gaulle pesa sobre sus autores como una condena. No sé si se puede suscribir esta reserva. Es posible que haya habido ingratitud e irresponsabilidad. Pero ¿qué acto juvenil no arriesga serlo? ¿Qué acto de ruptura no pareciera confundirse con la deslealtad y el egoísmo? Toda historia humana dista de ser unidimensional. Es cierto: aquellos jóvenes se rebelaron en el seno de una sociedad democrática, con una economía en expansión, dinámica y de pleno empleo. Lo recordó recientemente Jean Daniel: una de las épocas más prósperas de la sociedad francesa ("Le Nouvel Observateur", número facsímil de mayo 68). Pero también es cierto que el desarrollo económico no impide los estallidos sociales ni las revoluciones; a veces los favorece. Recuérdese que la revolución rusa de 1917 necesitó transitar veinte años para alcanzar el nivel productivo del punto de partida. Volvamos al mayo francés: Aquella circunstancia favorable permitió a los "*enfants gatés*" pensar en términos menos austeros que sus padres. Exaltaron el gozo, el amor y la fraternidad. Valorizaron más la espontaneidad que la norma, el ahora más que el futuro, lo imposible más que lo posible (*soyez realistes, demandez l'impossible*). Un viento de primavera entró no sólo en Francia sino en toda esa Europa invernal que había trabajado duro para salir de la destrucción y la escasez producidas por la guerra contra Hitler. Una vez alcanzada la reconstrucción surgieron los reclamos de mayo-68: una filosofía vital ligada a la espontaneidad y la alegría. Menos trágica que lúdica.

X. Es difícil aceptar que sólo se trató de una explosión primaveral de la juventud, de un "estado de ánimo de descarga", o de una "saturnal" pasajera como afirmara André Malraux bastante fastidiado en su momento. Hubo algo más, una serie de consecuencias perdurables que empezaron a cobrar perfil una vez que la revuelta dejó de ser callejera. Es mayo del 68 trascendiendo al evento y a sus actores, actuando como dinámica liberadora en el interior de una cultura. Llamó la atención sobre

los derechos de la mujer y sobre la ecología como protección de la naturaleza; pidió respeto por la identidad de los homosexuales; habló de los derechos del niño y de los excluidos sociales por motivos de raza, pobreza o religión. Aproximó la política a la cultura. Fue el primer gran rechazo juvenil del comunismo desde posiciones de izquierda, un rechazo que lo aisló del amparo humanista y dejó al desnudo su esencia totalitaria. Mayo-68 estimuló un fecundo debate intelectual, movilizó a figuras como Foucault, Castoriadis, Clavel, Althusser, Lefort, Jankelevich. Foucault libra una batalla en favor del derecho de los enfermos mentales a una cura que suprima el encierro. Deleuze y Guattari adelantan una visión del inconsciente menos sometida al corsé racionalista; Wilhelm Reich incursiona en los terrenos de la antipsiquiatría. Dentro de esta atmósfera hacen su entrada los "nouveaux philosophes". La palabra *liberación* es el santo y seña. Sobre todo de la enseñanza: se la quiere menos sometida al canon burgués que reclama conocimientos útiles. Y, finalmente, afirmación del individuo como ser único, de carne y hueso, irrepetible, frente a la hegemonía del Estado y la vigencia de lo colectivo. Por supuesto: el énfasis puesto en estos valores no impidió a mayo-68 caer en los excesos del nihilismo.

XI. Al cabo de la lectura de una serie de documentos sobre el mayo francés, uno se pregunta por su influencia en el exterior y por la extraña magia de ese año de 1968 que en el resto del mundo supo albergar episodios de similar gravitación y significado. Porque ese mismo año estalló la "Primavera de Praga", un acto de rebelión juvenil en favor de la autonomía nacional y contra el avance represor de los tanques soviéticos. En México hubo revueltas estudiantiles, al estilo de las movilizaciones parisienses, que fueron cruentamente reprimidas en la Plaza de las Tres Culturas. En Polonia se ponía en marcha la hazaña liberadora del movimiento sindical *Solidarnosc* con Lech Walesa a la cabeza. En Moscú estudiantes y científicos empezaban a rodear a Andrei Sakharov para dar forma a la notable acción de los disidentes. En Estados Unidos se repiten

las marchas pacifistas de estudiantes, hippies y militantes no-violentos que gravitan en las negociaciones con Vietnam. En Argentina estalló el "cordobazo", en 1969, una versión vernácula de la alianza obrero-estudiantil del mayo francés en sus aspectos más violentos. La pregunta se difunde: ¿fue todo esto un contagio, a nivel mundial, del mayo francés o pura simultaneidad espontánea?

XII. No creo en la influencia del mayo-68 francés como *causa* de rebeliones similares en el exterior. Puede hablarse de influencias mutuas, de vasos comunicantes. Creo más bien en la existencia de un *clima histórico*, relativamente homogéneo en cuanto a valores, ideas y circunstancias propicias, y que los alemanes llaman *Zeitgeist* (espíritu del tiempo). Con esta fórmula definen la presencia de hechos similares en espacios distintos. El testimonio de un *Zeitgeist* dominante en el pasado lo hemos vivido en la simultaneidad de las independencias hispanoamericanas alrededor de 1810. Y más recientemente en 1989 con la caída del muro de Berlín: síntoma visible de un vasto fenómeno de colapso del comunismo con rasgos similares en diversos países. Volviendo al año insólito de 1968, sorprende el parentesco de los hechos que hemos señalado en cuanto al espíritu. Pero ellos difieren sólo en relación con un eje central: la violencia. La rechazaron el mayo francés, la primavera de Praga, los hippies y pacifistas americanos, *Solidarnosc* de Polonia y la disidencia soviética. Ninguno de esos movimientos asumió la violencia como "partera de la historia". En cambio en Alemania, Italia y América Latina, la mayoría de los movimientos juveniles optaron por la violencia guerrillera o terrorista. Hoy, al cabo de treinta años, podemos evaluar los resultados: los que rechazaron la violencia tuvieron algún éxito o, por lo menos, no lucharon en vano. Los que transitaron la vía terrorista o guerrillera sucumbieron, sin gloria, en una matanza inútil.

XIII. Treinta años después de mayo del 68 no percibo nada parecido a la euforia esperanzada de sus protagonistas.

Aunque puedo equivocarme, no sólo por desconocimiento, sino también porque la historia contemporánea es de difícil lectura: tiene sacudones bruscos que dejan perplejos a los más avisados. Imagino que hoy cunde un ánimo escéptico y gris que, entre otras razones, no sabe cómo revivir las ilusiones hedonistas de los crédulos del 68 por un lado; ni como desprenderse de las utopías asesinas de los violentos de entonces, por otro. A aquellos jóvenes díscolos, la policía los llamaba de "extrema izquierda". Hoy sabemos por testimonios de su prefecto, Maurice Grimaud, que entonces actuó con indulgencia y de acuerdo con el gobierno. Ese hombre experimentado acaso ya sabía que con el paso de los años aquellos jóvenes entrarían en el sistema: en el periodismo, la universidad, el gobierno, la literatura, la ciencia, la administración pública. Al igual que ese jóven activista apodado "Dany el rojo", hoy decidido defensor del "euro", la nueva moneda codiciada por los adeptos a la economía de mercado. Cualquiera sea la opinión que merezca nuestro parlamentario, sí importa saber que aquellos jóvenes que "entraron" en el sistema hicieron bien: dispersaron una semilla que vigorizó lo mejor de la cultura francesa de los últimos tiempos. Convirtieron el rojo -o el negro- de la extrema izquierda en el "rosa pálido" de la convivencia democrática, la confrontación de las ideas, la aceptación del adversario y no su aniquilación.

XIV. Hoy el panorama francés es distinto. Frente a los éxitos políticos del rosa pálido socialista y liberal se yergue, no obstante, la tentación del rojo vivo, la aparición de una izquierda de la izquierda, extrema otra vez, movilizada por la indignación y en defensa de los excluidos, los sin-techo, los indocumentados, los sin-empleo. Nuevamente levantan el puño en alto y creen en la acción directa. No creen en los políticos ni en las centrales sindicales tradicionales. Son grupúsculos que reunidos hacen el 5% del electorado. ¿Pero son necesarios más para desencadenar una tormenta? No cuentan con una organización pero sí con un "*maître à penser*", un líder intelectual, Pierre Bourdieu, sociólogo del College de France. No es joven, tiene 68 años,

pero está rodeado de jóvenes. Aquel muchacho de 23 años que sublevó Nanterre, lo hizo con un discurso contra la represión sexual. Hoy nuestro sociólogo clama contra la cultura mediática y quiere arrasar con la Bastilla neoliberal causante de la miseria en el mundo.

XV. ¿Generarían Bourdieu y sus discípulos un movimiento innovador, en el que se perciba la sensibilidad universalista de Francia, como el que aconteció hace treinta años? Instalado en las márgenes más intransigentes de la izquierda, de espaldas a sus grandes corporaciones sindicales y políticas ¿sabrá ese activo grupúsculo rojo desplazarse hacia el centro de la arena? ¿Sabrá desencadenar, como los activistas del 68, un vendaval por todo el país sacudiendo calles, obreros, poderes públicos, instituciones y continuar luego de su agotamiento una sobrevida como fermento en la conciencia cultural de una época? La propuesta es noble pero el panorama histórico ha cambiado. Entonces había juventud y ánimo festivo, hoy, pobreza, desplazados y cólera. Entonces se marchaba a la protesta con un emblema *-liberación-* que recuerda al éxtasis, hoy la meta de nuestros rebeldes es enfrentar el infierno terrestre de la *exclusión*, resistir la fatalidad de la miseria. Entonces se trataba de salir del "sistema" para abolirlo, hoy se trata de entrar en él para abrir un espacio de convivencia humana. Dos épocas, dos proyectos. El sociólogo justiciero tiene todo el derecho de ser leal al suyo porque vive en una sociedad democrática. Sólo es deseable que no busque la asistencia de la "partera de la historia": ella produjo mucha sangre pero pocos nacimientos.

XVI. Una cosa es cierta: en el horizonte actual no se perfilan el "hombre nuevo" ni los "mañanas que cantan" de las utopías sociales. Más bien imagino a un náufrago a la deriva, un ser humano acosado por la necesidad de preservar la especie y el planeta, perplejo ante contradicciones que lastiman: una miseria que crece en medio de la abundancia, una ignorancia salvaje que se expande al mismo ritmo que el crecimiento de la información. Ese ser comprende que hay que saber vivir y resistir en

presencia de lo irremediable: la enfermedad, la injusticia, el sufrimiento, el mal y la muerte. La pobre criatura humana no tiene descanso en esta vigilia sin término. A ratos le resultan sedantes los cantos de Orfeo y la danza de Dionisos, pero su lucha sigue siendo la de Prometeo.

XVII. Prometeo no canta ni danza, es el rebelde que se resiste en el desvelo por la raza humana. Luego de la fiesta del 68, incorporada su música a algunas napas de la cultura a lo largo de los últimos treinta años, ella falta no obstante en la superficie de nuestro tiempo. De que esa música ha callado da testimonio la multiplicación de sus comediantes e imitadores. El mercado se apropió de sus ritmos: quiere decir que el gozo de la creación ha concluido y vino el simulacro del gozo, su fabricación. Por eso pienso en Prometeo, el héroe encadenado, que sufre y se rebela: el responsable. ¿Serán nuestros jóvenes, los del 98, capaces de vivir -o crear- utopías, imágenes de la esperanza social, que acepten esta presencia de heridas que nunca cierran -el mal, el sufrimiento, la injusticia, la muerte- y hallen el modo de conocerlos a fondo, ponerlos de su lado o resistirlos? ¿Podrán nuestros jóvenes aceptar lo irremediable sin envenenar las fuentes de la alegría ni la grandeza de la aventura humana?

XVIII. Me detengo en una forma de lo irremediable: el mal. Hannah Arendt habló de la "banalidad del mal" a propósito del totalitarismo, fenómeno que ella examinó como una forma desnuda del mal absoluto. Su discurso fue ambigüo pero en ambos aspectos tenía razón. Señaló su "banalización" en una época dispuesta a minimizarlo con reducciones complacientes; pero también señaló que el mal decepciona porque su naturaleza es la banalidad, la insignificancia, el sin sentido: su inmensidad monstruosa es vacía, no despierta el respeto que merece lo verdaderamente grande aunque su signo sea adverso. Si sobrecoge es sólo por su poder destructor insensato y gratuito. Sabemos que a través del tiempo el mal tuvo muchas caras, aunque pocas veces se mostró sin mezclas o máscaras: esto sí

ocurrió con el totalitarismo según el notable estudio de Hannah Arendt.

XIX. Me pregunto cuál sería en nuestro tiempo una expresión equivalente de la "banalidad del mal". Hoy en día viene a la mente, una y otra vez, la palabra *gigantismo*. Ella unificaría síntomas de alta gravitación histórica que pueden enumerarse así: 1) Colosal crecimiento de un poder anónimo a través de una dinámica de concentración económica y política; 2) Grupos financieros que se fusionan para cubrir dimensiones planetarias; 3) Culturas que silencian sus preciosas diferencias en favor de una audiencia homogénea preparada para consumir el mismo producto en cualquier parte del mundo; 4) Filmes, libros, obras de arte y espectáculos que se sienten frustrados si el número de espectadores o lectores no se multiplica por cientos de millones, si las lenguas a que deben ser doblados o traducidos no incluyen los casi 190 países de la comunidad internacional; 5) Fabulosa eclosión de sustitutos e instrumentos técnicos creados para estimular la vida pero que, finalmente, la sustituyen generando una red de apariencias que se superponen a la realidad y la encubren.

XX. Ernest Jünger decía que vivimos en un tiempo de titanes, no de dioses. Confieso que este gigantismo, esta obsesión planetaria del neotitanismo actual, con frecuencia nos seduce y deja atónitos. Porque de jóvenes aprendimos que el contexto de la creación verdadera no era la aldea, ni la nación, ni el ámbito de la propia lengua, sino la *amplitud del mundo*, y que éste era la figura concreta de la universalidad. Hoy estamos instalados en el mundo, ¿pero también en la universalidad en su sentido verdadero: unidad de lo diverso? Creo que hemos unificado el mundo pero sacrificado lo diverso. Lo hemos unificado a través de la igualación, la homogeneidad, la supresión de las diferencias, la repetición. ¿No es un símbolo el hecho de que una conquista resonante de la actualidad sea la *clonación*, es decir, la repetición indefinida de una misma figura? Conjeturo que en esta tentación de una universalidad

falseada por el gigantismo, por el titanismo planetario, acaso Arendt hallaría nuevos rastros de la "banalidad del mal". Porque hay países poderosos que dan lástima, formidables proezas tecnológicas no hacen sino agrandar la tontería humana. Primerísimos dignatarios aparecen sometidos a humillaciones que apenas aceptaría un modesto aldeano. Grandes conjuntos -en los que convergen el interés, la acción y la inteligencia- están puestos en la costosa tarea banal de reemplazar la vida por su simulacro, la realidad por su apariencia, el conocimiento por la información, la vivencia inmediata por el sustituto, el amor por su representación, el cuerpo por el multiuso del aprovechamiento exhibicionista, el acto creador por una combinatoria exitosa de los reclamos del día. En todos estos hechos vemos al mismo personaje: el gigantismo de un Goliat contemporáneo manipulador y cosmopolita. ¡Enorme desgaste de energías humanas por una desmesura hueca desprovista de verdadera grandeza! Acaso sea un error creer en su permanencia. Y si se abriera camino la convicción de que esa desmesura no durará largo tiempo, la pregunta clave sería la siguiente: ¿en qué parte y bajo qué signos se prepara la honda de David? Y si la era de los titanes concluye un día, ¿significa esto que le sucederá la de los dioses?